

ARTE y Letras

AL ENCUENTRO DEL ALMA PERDIDA

El jurado del concurso Alfredo García Adellor, de la Dirección General de Prensa, ha otorgado el premio al siguiente artículo, original de José Antonio P. Torreblanca.

Tan gracioso es, que es casi tierno el famoso hallazgo telegrafiado al "New York Herald", del 13 de febrero último, por su corresponsal Anns O'Hare Mc Cormick, al descubrir a España como país abierto al mundo. "Este es un país — escribe — en el que la extraña entidad denominada el alma tiene realidad, y sería muy audaz el periodista que tratará de evaluarla a efectos políticos."

Advertido que no es con audacia, sino con tino, y no por asalto, sino sutilmente, como un viajero debe valorar los naturales efectos políticos del alma de un país, habría de agradecer con flores de España a la señorita O'Hare tan enorme aviso, porque cientos de cohortes de turistas anglosajones inundan nuestras Oficinas de Turismo, preparando la oleada de primavera, y hay que estar listos para ofrecerles información adecuada sobre esa extraña entidad denominada el alma.

Es ese el nudo vital de nuestro turismo. Cuando la sonrisa bien criada de nuestros agentes resuelva satisfactoriamente, detrás de cada ventanilla mundial, una consulta sobre tarifas, itinerarios, "orlaits" y galimatías de tránsito, siempre va a quedar sin respuesta, y probablemente sin preguntar, una cuestión palpitante: ¿Con qué se come esa realidad de una España habitable, sin marimorona y sin opresión? ¿Dónde está la raja que divide la España antigua de la España de tornabodas con el comunismo? ¿Qué tal anda el alma de un país donde los pobres son tan pobres, a primera vista, y las torres tan despiertas ante el gran angular del "kodachroms" sin filtro ni nada?

Lo primero que necesitan los alevines de turista al asomarse a las ventanillas del turismo es un cartel con el tema de aquel duque de Modena, que en el siglo XVIII prohibió a las diligencias atravesar sus estados, con este pretexto: "Tan sólo los jacobinos viajan." Y cuando se quedaran perplejos, ya estarían a junto los turistas para aprender que España permanece abierta por lo que tiene de moza socarrona y escarmentada a la que hacen gracia los jacobinos, cuando traen divisas, pero también por lo que tiene de virginal y compasiva cuando no quieren que los jacobinos mueran, sino que se conviertan y viajen.

A mi me desazona casi hasta el prurito mental lo que España puede y debe ofrecer al turismo internacional en 1952, porque España —no seamos niños— es un país de delicada justificación metafísica ante ese gentío que nos ignora y nos sonríe nos gratifica y nos patea, nos retrata de refilón y nos enseña las corvas fatigadas. No se trata, sencillamente, del viajero que nos ama con obsesiva ternura de egiptólogo, ni del hermano del alma, que nos ha soñado tabulosos en su sangre y viene al encuentro de su propio sueño. No nos engañemos. El turista es ese ser inmenso, huérfano de esa libertad profunda que da la carísima cultura selectiva de las minorías, pasado por dos guerras y dos postguerras empapelado en revistas ilustradas, cansado en secreto de pertenecer a un mundo atornillado, contrachapeado, en el que todo tiene lógica menos esa cosa que llaman la angustia del corazón.

El turista es una muchedumbre que trae polvo, sudor, falta de sueño y cierta cantidad de divisas. Y un ser así es un factor económico, pero es el prójimo. Paga en algo que suena a moneda antigua, a teleros —dólar viene de tálero, exactamente— a monedas máquinas, a pesetas columnarias, cosa rica. Pero mira a España con arrobo y perplejidad, no tiene quien le diga que el hilo de nuestra antigüedad no se ha roto desde las Huelgas, a las cuevas de Purullena, nos cree muertos o, peor, nos cree egipcios más o menos coranizados, sorteando los cuatro taxis viejos que tenemos, y retorna hecho una lástima, sin la menor idea. Y eso es un mal negocio, porque es literalmente feroz.

De entrada, España va a ofrecer al turista de 1952 una suspensión automovilística algo más compasiva. Pero cada vez que un bache rudo, uno de esos baches con rebaba escape a la costosa y activísima acción de Obras Públicas, le rompa una mangueta al turista y sueña el termo poliglota bajo las carrascas, una moza de jota le va a dar agua fresca y le va a cantar por tarantas que vaya por Dios, que el cerco económico ha dado lugar a que los turistas, inocentes nos prefabricaran el bache y nos lo mandaran por adelantado. Y no será revancha, sino caridad ilustrativa.

En cuanto huérfano de esa habitual pesadumbre sagrada que llamamos hogar, el turista va a tener en 1952 un sistema de gran eficacia para el juicio de residencia contra el mesonero caimán, que es raro, pero está vivo. Y esto también será caridad distributiva, negocio cabal y buena política bebida del "Codex Calixthus", no ne-

cesariamente de Suiza, porque somos una raza en la que el "hospes" y el "hostes", el aposentador de la guerra y la paz, siempre supo dar al cristianismo la sal y el asiento a la lumbrera. Y el aceite de la ordenanza carlotercista. Más que nunca, hoy el que el aceite y el carlotercismo edificador corren por las venas de España. Aceite y misión. No aceite quemando, ni monserga.

Pero nosotros no podemos ni debemos ajustar una técnica nacional del turismo limitada a la fluidez de las rutas, a la exactitud de las tarifas y a la confortable puntualidad del agua caliente en el grifo del hotel. En los servicios del mismo debe España sacar su recóndita capacidad para cumplir con precisión y con garbo, afinando sus hoteles con aquella materia senoria que ha visto uno en ciertos paradores del turismo, en el de Aracena y en la tibieza del principado asturiano, amistosa y egregia, con un matiz entre el Ritz y doña L'carga, que es a lo que propiamente llamamos aristocracia. Ese toño medio, tan distante del caviar como de la hedionda cocción del repollo, sin la sábana de nylon ni la alcoba olorosa a viajante cansado, es el que ha de dar, interesado y cariñoso, el matiz de nuestra asistencia hostelería.

Y la palabra justa sobre el hombro del turista perplejo ante la fenomenal hermosura de una España todavía torrencada y todavía remendada. Porque decirle que España deja rechinar la piedra de sus castillos bajo el sol, y no ha querido convertir los templos de Dios en "museos del pueblo", y cumple su tránsito del muleto al tractor "cartepillar" sin aspavientos, no es política temporal, sino de la que sirve para evaluar la realidad del alma española. Y una solapada, melancólica indiferencia ante la desnudez de dril arrugado que el turista se trae, hasta hacerle sentir el pudor entre el pueblo bien encalzonado, política de caridad será. Ese es un buen tipo de cambio para el dólar.

Esta es, en fin, una tarea que está clamando a gritos por los escritores de España, por los únicos que saben cómo se opera el milagro de una España que suele ser esto y lo contrario, fea y guapísima, sin ser monstruosa; cabal y absurda ante la tonta explicación racional del mundo; trágica y zumbona, insusceptible de ser retratada así como así. Los que saben dónde está el alma perdida que el turista busca sin saberlo, convocados están a su lado. Si los llaman, irán. Dolares aparte, porque se trata de no perder los dólares y de no perder el alma.

Un cirujano de estatuas



ROMA. — El profesor Gaetano Marconi es un cirujano de estatuas; trabaja, principalmente en mármol. En la fotografía aparece trabajando en su taller de la capital, por el que pasan numerosas estatuas de Roma para ser objeto de "intervenciones quirúrgicas". — (Foto Cifra)

EL XXXIV SALON DE HUMORISTAS

Ya lleva más de medio mes abierto y se anuncia su clausura, en el madrileño Círculo de Bellas Artes, el XXXIV Salón de Humoristas, certamen puntual y valioso que tiene gran tradición en nuestra vida artística.

Este perfil irónico confiado al ingenio de nuestros mejores dibujantes y caricaturistas, va ganando de año en año el favor de la atención pública contra lo que pudiera suponerse "Y vamos con este "pudiera suponerse" y su oportuna divagación.

La caricatura personal, sobre todo, parece asociar como época de su mejor y más lucido auge representativo aquel tiempo ya periclitado en que aún tenía vigencia en la opinión y en la atención pública la literatura llamada cómica o festiva que poco o nada tuvo que ver con lo que hoy entendemos ahora por humor y humorismo. Pero, indudablemente, en las caricaturas y en los dibujos de hace veinticinco o treinta años, ya existía algo precursor de lo que hoy alienta entre nosotros como cosa viva y rigurosamente contemporánea. Mejor que en nadie puede observarse este fenómeno en las caricaturas de aquel cubano españolizado que fué Sirio y del que se ha tenido la feliz idea de reunir una buena colección de caricaturas personales que, un día, decoraron, en famoso friso, las paredes del pequeño e inolvidable café de Castilla, que en la calle de las Infantas fué refugio de la vida nocturna de nuestro mundo artístico, literario y teatral.

El trasnochador Sirio no sólo no queda trasnochado, sino que puede hoy aprender en su manera de hacer los mejores y más afortunados extremos de una técnica caricatural poco o nada superada en el presente. Quizá no tanto pudiera decirse de Tito, Sileno, Xaudaró y Fresno, que también están especialmente representados en este Salón de Humoristas, pero resultan sin duda estas figuras imprescindibles para una historia del dibujo español, en esta época a que nos referíamos, más cómica o festiva que humorística.

No en vano hace nada menos que treinta y cuatro años este certamen de profunda fortuna en nuestra tradición española, se llamaba ya "Salón de Humoristas", previendo posiblemente de un modo más mágico que otra cosa, esta época de humor, nacida sólo cronológicamente de aquella época festiva con la que, en realidad, tiene que ver muy poco.

El público de nuestros días es mucho más entendido en cuestiones de arte que el de entonces, y ello es natural, aunque sólo sea por el mismo provecho que haya sacado de las experiencias de entonces o ahora. Y este público es el que refrenda con su presencia una indecisa, este Salón de Humoristas que abrió sus puertas el primero de marzo al albur siempre impreciso del favor que pudiera dispensarle el público de la calle de Alcalá.

Si hemos avanzado en lo serio y hemos avanzado también en el mundo del humor, puede asegurarse que gran parte de lo que hoy ocupa los salones del Círculo de Bellas Artes tiene una rara vigencia de la que nosotros, como simples espectadores, somos los primeros sorprendidos. Queda repetido, como orientación, el éxito personal de aquel Sirio que se borró de nuestras calles con su muerte, pero no de la memoria de quienes fuimos sus admiradores y personales amigos.

Cerrada la Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte y a punto de inaugurarse la Exposición Nacional del Retiro, este XXXIV Salón de Humoristas ha sido como un inciso intrascendente, pero lleno de vida simpática en los anales de nuestra vida artística.

César GONZALEZ RUANO

libros

"EL OASIS PERDIDO", POR R. FRISON-ROCHE

El ilustre novelista francés vo- ca una dramática expedición que cruza desde las cumbres azules del Hogar hasta los confines del Suda- cán, pasando por los vastos de- siertos pedregosos y por el laberinto de las dunas.

Sobre aquellas soledades, pobla- das, antaño, que fueron ruta de las grandes caravanas, se cierne hoy un misterio. Pese a las traiciones que suscita Tamara, la bella tar- guia, lograrán Beaufort, el oficial, y Liguac, el sabio —inolvida- ble— figuras, encontrar los vestigios del "Oasis perdido", el antiguo secreto de los horizontes?

Encontrados por una obra viva y apasionante, Frison-Roche, uno de los novelistas más famosos de la Francia de hoy, evoca todos los aspectos y problemas del Gran Desierto, con tan certero arte, que el lector cree haber vivido las emociones de la heroica aventura.

EXPOSICIONES

Exposición de pintura en el Mercado de Artesanía

De nuevo reünense en este local y bajo el patrocinio de la Obra de Artesanía, varios pintores valencianos (los más, jóvenes; y, casi todos, con crédito reconocido, no obstante su juventud) a través de sus obras, variadísimas, una buena parte de las cuales tiene calidad e interés evidentes.

Y, precisamente, contra lo que suele creerse —y aún decirse—, lo interesante, lo valioso, lo prometedor, lo artístico, en una palabra, se ajusta, con sujeción total, a los envíos de quienes, sin mengua de su personal albedrío creador, recibieron una docencia y disciplinaron sus facultades en un sistema, que sólo los que lo ignoran suponen rígido, inactual y "académico"...

Así lo prueba cuanto es aquí portador de alguna vivencia expresada eficazmente, en uno

o en otro lenguaje. Lo demás —baste verlo— es esfuerzo de "amateur" sin oficio, o fruto prematuro, de alguna intuición, más o menos epistémica, y con fortuna discutible. Alejandro Casaní, Carlobadrés, Casanova, R. Fernández, Gómez García, M. Gozalbo, Ricardo Lloréns (jexcelente, y bien pintado, envío!), J. B. Lloréns, R. Murillo, Rodríguez, R. Soler, Sancho Castro, Teresa Pascual y Peris Aragón, en la sección de "Pintura", aportan lo más sólido y positivo. En la de "Acuarela", López Molina, Sevilla Sáez y Tatay; y en las de "Dibujo" y "Escultura", respectivamente, R. Murillo con Sevilla y E. Semper, y E. Comés.

Rodríguez Bronchú, en la Sala Prat

Y, en verdad, que su pintura, partiendo del más castizo luminismo vernáculo, de toque sintético y elocuente, ha ido depurándose, por ese camino

de la simplificación de la factura, a la vez que por el de la estilización de su tono, hasta llegar a la serie de cuadros que ha expuesto, en los que triunfa plenamente la más abreviada anotación óptica, en una gama, por lo general, fría y de claro y eficiente diseño suntuario, por lo elegante y "moderno" de su gusto, que no sabemos si llamar, un poco, neorromántico.

Mas, como en la lista de lo mostrado, con tan selecto juicio, no faltan obras, u obrillas, en que vibra aún la vieja —relativamente— manera del autor, con luz plena, sol típico de su tierra y contrastes fuertes, no exentos de matices, la exposición nos da la medida de lo amplio de las posibilidades de su autor y de su flexibilidad estética, que, servida de una técnica valiente, bizarra si las hay, anda por tan diferentes caminos con plena y tranquila —envidiable y convincente— suficiencia.

F. G.